

XVIII

NOTICIAS DE LA MARQUESA

«Le escribo, querida Cristina, porque sólo tengo esperanza en usted y Benito Masson. Esperanza que, por cierto, es bien débil...

»Ahora que estoy lejos de usted, ¿cómo le convenceré de mi real infortunio, si cuando yo era herida a la vista de usted no lo creía?

»No le escribe, Cristina, una loca, ni una monomaniaca que se muere a causa de una idea fija, como usted lo ha creído durante mucho tiempo y como seguramente continúa creyéndolo. (A no ser por ello, no me hubieran ustedes dejado partir. Ni usted ni Masson me hubieran abandonado a mi verdugo.) Le escribe la más desgraciada de las criaturas, aquella a quien cada día, cada noche, gota a gota, se le está robando la vida; le escribe la víctima de un monstruo *que ya ha devorado generaciones* y que busca su alimento en venas agotadas por sus sorbos insaciables...

»No sonría, Cristina, como ya le he visto—tan tristemente—sonreír en otras ocasiones... ¿Por qué no me cree, usted que me conoce?... ¿Por qué no acepta mi declaración de moribunda?...

»Cuando por primera vez pronuncié ante usted la palabra vampiro, no evocaba más que un vago

fantasma nacido de mi imaginación enferma... Y... sin embargo..., estaba entre nosotras, de carne y hueso...

»¡Ay, Cristina!... Los vampiros han existido... Admito que hayan desaparecido poco a poco de la superficie de la tierra, perseguidos y acorralados hasta el fondo de sus fúnebres guaridas. Pero ¿por qué no admite usted que cuando menos uno de ellos haya sobrevivido a esa raza maldita?...

»A veces, los marinos que vuelven de mares lejanos refieren que, de pronto, han visto surgir del seno de las aguas los repliegues formidables de uno de esos monstruos que, según testimonio de la historia natural, poblaban el mar en los primeros tiempos del mundo... La serpiente de la bahía de Along es quizá la última de esa temible especie, así como el ser que usted conoce es quizá el último vampiro vomitado por las tumbas...

»¡Oh, su tumba!... ¡Oh, su tumba vacía, de donde salió hace más de doscientos años para cebarse con la sangre de los humanos!... He querido verla y la he visto levantando la losa... Guiada por un hombre, por el más humilde de los hombres, a quien mi suerte ha inspirado alguna piedad y que, a escondidas, hace que estas cartas lleguen hasta usted, he bajado a la cripta mortuoria de la capilla de Coulteray, de la cual es guardián ese hombre.

»Allí están las tumbas de la familia... La de él es la primera de la segunda fila de la derecha... «Aquí yace Luis Juan María Crisóstomo, marqués de Coulteray, primer caballero de Su Majestad...» Y hay una placa, bajo la fecha, en la que se lee lo siguiente: «Los restos de Luis Juan María Crisóstomo fueron dispersados en 1793 por la Revolución.»

»¿Qué es eso de dispersados? Yo sé dónde lución.»

están los restos de Luis Juan María Crisóstomo... Y también lo sabrá usted, Cristina, a pesar de que no me cree... *Se portan muy bien...*

»¡Qué visión la de la cripta!... Aquella tumba vacía me atrae... Hay algo que me dice que alguna noche me despertaré debajo de aquella piedra y que a mi vez me levantaré, *pálido fantasma en busca de su vida...*

»¡Évitame semejante destino, Señor!... Ya sabe usted el precio de ello, Cristina; ya sabe lo que hay que hacer con nuestros cadáveres para que no sean temibles luego de morir.

»¡Ojalá cese, al menos, mi tormento al cesar mi vida!... Sangor me ha prometido que cumplirá conmigo cuando yo me muera... Una vez muerta no tiene ningún motivo para engañarme... Además, ha de tener interés en ese gesto que me libraré para siempre de los horribles festines de la tierra... *He arreglado las cosas para que así fuera...* Va usted a creerme más loca que nunca, Cristina; pero supongo que pronto tendré ocasión de convencerla de lo que pasa aquí, de darle una prueba decisiva e irrefutable... Entonces, ¿verdad?, acudirán usted y Masson... Y si es tiempo aún, me salvarán...

»El marqués no me deja un momento... Nunca me ha querido tanto desde que soy poco más que un soplo... Ya ha terminado la relativa libertad de que gozaba en París... En cuanto a él, ha renunciado a engañarme sobre el carácter de su mortífero amor y ya no procura engañar a nadie ni hacerme creer que sólo soy una enferma... Ha pasado esa etapa... Estoy prisionera del esposo que me devora... Sus labios no me dejarán hasta que exhale el último suspiro... Y está muy tranquilo para bebérseme sin remordimiento la clara sangre que el ingenio diabólico de Saib Khan

todavía consigue hacer correr en mis venas...

»No me explico cómo todavía puedo andar... Ese médico indio sería capaz de resucitar a los muertos.

»He de contarle, Cristina, que quería aprovechar las fuerzas que por ignorado sortilegio me había devuelto para escapar durante el último viaje... Pero basta por hoy... Se acercan... Les oigo... Vuelven de paseo y vienen a enterarse de mi salud... Ya les abre la puerta Sing-Sing...»

Segunda carta.—«Ya sabe usted, querida Cristina, cómo me hicieron salir de París, tras la escena entrevista por usted y Benito Masson... Puedo asegurarle que no contaban con ustedes, que se creían solos en el palacio.

»La cara de él se puso terrible cuando ustedes acudieron a mis gritos, cuando entraron en la habitación donde yo era su presa, donde forcejeaba inútilmente contra sus mordiscos, mientras tenía inclinada sobre mí su cara invadida ya por la apasionada embriaguez de sangre, de mi sangre... Y entonces me dije: «Están perdidos.»

»Pero quien estaba perdida era yo. A ustedes se les dejó... Suprimirles podía resultar muy grave, muy complicado... Además, ¿qué habían visto ustedes? ¡Nada!... ¿Qué habían oído? Un grito de loca, nada más que de loca... ¿Y mis anteriores confidencias? Eran quimeras de un cerebro dolorido.

»No obstante, con lo visto de aquella escena había para turbar a los más escépticos. Así lo *comprendieron*...

»Y se me llevaron.

»Bien sabía yo que aquello era el fin... El horrible sentimiento de una muerte semejante, seguida de algo ignorado y quizá más horrible, me

ha hecho acercarme por última vez hasta usted en el momento en que podían creerme incapaz de un movimiento... ¡Ay, Cristina, me ha parecido que en aquella última entrevista ha vacilado el firme equilibrio de su espíritu sereno, demasiado sereno!... Por sus ojos he visto pasar no solamente la habitual compasión, que yo, desesperada, leía en ellos, sino algo que pudiera formularse así: «¿Y si la loca tuviera razón?» También a Benito Masson le he encontrado algo nuevo... Pues bien: acudan, acudan inmediatamente si no quieren encontrarme muerta...

»Le decía en mi última carta que había querido escaparme durante el viaje. Sí: estaba dispuesta a exponerme a ingresar en el manicomio, cosa con la que tantas veces me han amenazado, antes que continuar esta agonía... Pero habían adivinado mis intenciones... Sangor y Sing-Sing adivinan todo cuanto voy a hacer... Y Saib Khan, que viajaba con nosotros, como usted puede suponer, adivina todos mis pensamientos... Puede estar tranquilo el marqués, que bien le guardan su presa.

»De todos modos, intenté la imposible aventura... En el *auto* no podía esperar nada... Aun estábamos en París cuando se transformó en una jaula de hierro; las puertas se cerraron sobre las cortinillas...

»Podía gritar; pero no grité porque esperaba la ocasión... Y se presentó... Al amanecer tuvimos una avería... Había que desmontar parte del coche... Yo hice como que dormía, como que estaba casi muerta de agotamiento... Y me llevaron a una habitación situada al mismo nivel del patio donde reparaban el coche, y que comunicaba por detrás con el campo abierto...

»Vi que a unos centenares de metros empezaba el bosque. ¡Oh, si llegaba al bosque y huía tie-

rra adentro por entre los árboles y las hojas!

»Desde el lecho en que me habían tendido veía bañado en débil claridad el pequeño espacio que tenía que recorrer... Y mentalmente lo atravesaba con gran velocidad hasta llegar al bosque salvador.

»Pero ¿cómo llegar a la práctica?... Ante mi puerta estaba Sangor, y un poco más lejos paseaban el marqués y Saib Khan mientras unos mecánicos a quienes se había despertado se apresuraban a reparar el automóvil. En la ventana que daba al campo estaba Sing-Sing.

»Ciertamente, yo sabía que éste era inquieto, travieso, nada amigo de permanecer en un sitio determinado. En nuestro palacio había que atarle a veces como a un perro guardián de los que requieren la cadena al cuello... Y en ese carácter movedizo estaba mi esperanza... Ya le había visto que, ágil como un gato, subía a un árbol para hurtar no sé qué fruta verde... ¿Qué vió desde aquel árbol? No lo sé; pero saltó de rama en rama hasta el alféizar de una ventana abierta en el primer piso y desapareció en la casa.

»Me levanté en un segundo y abrí la ventana... Hacía mucho tiempo que no me había sentido tan fuerte... Sentíame tan ligera como una pluma... Mis piernas iban a llevarme como el viento... Y ya iba a lanzarme al campo, cuando súbitamente lancé un grito espantoso: *¡Había sentido el mordisco!...*»

Tercera carta.—«Le escribo, querida Cristina, cuando puedo y como puedo, generalmente de noche y a la luz de mi lamparilla... Al menor ruido escondo la comenzada carta... Noto que es preciso que le escriba para convencerla. *¡Quiero que venga! Enséñele mis cartas a Benito Masson. Tam-*

bién cuento con él. Cuento con ustedes dos. Lo repito y no cesaré de repetirlo... *Y mis cartas, si ustedes llegan demasiado tarde para salvarme, ¡quizá sirvan para salvar a otros!...* Pues no es posible que la verdad no se descubra algún día, no es posible que *el monstruo que muerde a distancia* continúe paseándose durante más siglos entre sus víctimas, *que pueden creer a veces que se han pinchado en un rosal y que a consecuencia de ello mueren...*

»Y ahora, querida Cristina, continúo el relato en el punto donde lo dejé la noche pasada... ¡Me sentí mordida por el monstruo, por ese monstruo que estaba escondido detrás de mí, no sé dónde!...

»¡Oh, qué sensación más horrible!... La conocía ya... Cuando menos lo espero, siempre cuando menos lo espero, noto que sus agudos dientes entran en mis venas y salen luego de haber depositado su veneno...

»¡Su veneno, sí!... Creo que los vampiros tienen, como las víboras, un diente hueco lleno de veneno, de cierto veneno que se difunde por todo el cuerpo con una rapidez *y con una dulzura imposible de resistir...* Inmediatamente se nota que las fuerzas huyen como por una puerta abierta, ¡que es el agujerillo de la mordedura!... El embotamiento que se deriva sorprende más que hace sufrir... y es tanto más terrible cuanto, como sucede en mi caso, se conocen las consecuencias...

»¡Luego llegó el sátiro!...

»Porque los vampiros tienen la particularidad, que no tienen las víboras, de morder a distancia...

»Yo sabía que estaba allí...

»¡Y no me volví!... Intentaba, en un supremo esfuerzo, luchar contra la modorra que me invadía...

»Así conseguí llegar hasta la cerca que rodeaba la casa...

»Entonces, vencida, me volví... ¡Y vi al marqués que reía en la ventana de mi habitación!...

Cuarta carta.—«¿Recela algo? Drouine, el sacristán, el encargado de la cripta de que ya le he hablado, una buena persona en toda la acepción de la palabra, me ha dicho que desconfíe de todo... Si comprenden su afecto hacia mí, perderá su empleo, gracias al que vive; pero no es ello lo que le detiene, sino el temor por mí.

»¡Cómo se lo agradezco! Mientras tanto, tomamos mil precauciones, finjo un gran fervor (ya sabe usted que soy católica), y, con excusa de hacer limosna para la capilla, introduzco en el cepillo mis cartas... El mismo Sing-Sing, que me sigue como un duendecillo maligno, no oye más que el ruido de las monedas... Luego, Drouine abre el cepillo y se apodera de las cartas...

»Luego de mi intentona metieronme en el automóvil como un bulto y ya no salí hasta el patio del castillo.....

»¡Coulteray es un verdadero presidio!... Fosos, murallas de la Edad Media... La capilla está en el patio, así como lo que resta del torreón. Y me dejan pasear por dicho patio, que está medio convertido en jardín.

»La capilla tiene un osario, un pequeño cementerio que la rodea, y que está adornado de bastantes flores.

»En esta estación, todas estas piedras, que pertenecen al pasado y a la muerte, no tienen nada especialmente lúgubre bajo las galas primaverales que las adornan. La verduja triunfa dondequiera, cubre los muros, disimula las llagas. La vida, que huye de mí, desborda en todas partes.

»Desde mi ventana, situada en el primer piso, veo por una brecha un paisaje encantador, que se refleja en las tranquilas aguas del riachuelo que a lo lejos desemboca en el Loire. ¡Y yo me muero!

»¡He venido aquí para morir! Me parece que no se irán de aquí hasta que yo haya muerto.

»Sólo me han traído para aspirar en paz mi último suspiro.

»Nunca ha estado el marqués tan suave, tan amable, tan minuciosamente solícito. ¡Se ha convertido en mi camarero! Quiere ser el único en servirme. ¡Jamás me ha dicho cosas tan bonitas! Jura y perjura que nunca ha querido a otra. ¡Oh, cómo me quiere, cómo me quiere! Y me ofrece su brazo para *percatarse de mi debilidad*. ¡Su amor se ha apoderado de mí!...

»¡Es el gran vampiro!... El mundo está lleno de pequeños vampiros. En él casi no hay sino parejas que se devoran. ¡Es preciso que unos se coman a otros! A veces es el varón, a veces es la hembra... ¡El egoísmo más fuerte reduce poco a poco a cero al ser que vive a su sombra!... Para eso no es necesario abrir venas y chupar sangre... Así ocurre en casi todos los matrimonios. Claro está que lo del nuestro es otra cosa...

»¡Se trata del gran vampiro que salió de su tumba hace más de doscientos años, y cuyas víctimas son incontables!... Nunca me cansaré de repetirla que no he inventado nada... Lo que digo es verdad. Y Drouine no lo ignoraba. Drouine cree, como, por lo demás, mucha gente del pueblo, que huye cuando pasa el gran vampiro...

»Nos hemos confesado ante la tumba vacía y se lo he dicho todo...

»Pero *antes de mi muerte* no puede hacer nada por mí. En cambio, ustedes pueden salvarme *antes de que yo muera*... ¡Les espero!...

Quinta carta.—«Esta noche me ha acompañado hasta mi puerta como un amante sumiso y se ha retirado muy triste... Entonces he cerrado la puerta vivamente, he corrido el cerrojo y he cerrado igualmente la ventana... Porque mientras la ventana esté abierta puede mordirme a distancia...

»Ahora estoy más tranquila y creo que voy a pasar tranquilamente la noche... ¡Qué paz hay en la tierra!... Una luna clarísima aparece por la derecha de la muralla... Me envuelve un paisaje de plata. Me siento tan ligera como un ángel. Tengo alas. Si abriese la ventana, creo que podría balancearme sobre las aguas cabrilleantes del Loire.

»En ellas miraré por última vez mi imagen terrena y remontaré hacia las estrellas, libre para siempre de los lazos de sangre que me unen a esta tierra maldita.

»Pero ¡no, no abriré la ventana, porque es muy peligroso!...

»La herida pudiera entrar por la ventana.

»¡Qué horror! ¡Ya estoy herida!

»¡Ya estoy herida, sí!

»Pero ¿por dónde ha entrado la herida? ¡Quién sabe!

»¡Tenme lástima, Dios mío!»

Sexta carta.—«¿Se fija usted?... ¡Todo, todo estaba cerrado!... Ahora me muerde a través de las paredes... ¿Y no acudirán ustedes?»

Séptima carta.—«Voy a demostrarle que no estoy loca... Ningún libro del mundo ha dicho jamás que un vampiro pudiese morder a través de las paredes... Y, sin embargo, ¡yo he sido mordida!... Buscando, rebuscando incansablemente, he acabado por descubrir en la pared, frente a mi reclinador, un agujerillo de un centímetro... Y por

ese agujerillo ¡me ha mordido el monstruo mientras yo rezaba!»

Octava carta.—«Quiero, deseo saber cómo muere a distancia... Y lo sabré si me deja tiempo para ello... ¡No estoy loca, no!»

Novena carta.—«Me horroriza su boca ensangrentada cuando abandona mi vena inagotable y él levanta su frente de diablo indio para decirme que me ama.»

Décima carta.—«Así amaban los diablos indios, los *assuras*, domados por Saib Khan, los primeros vampiros conocidos en el mundo... No lejos de Benares, en una isla del Ganges, hay un cementerio lleno de sus víctimas sagradas... El gran vampiro europeo debió de visitar a sus antepasados y conocería allí a Saib Khan, que es un médico muy moderno (hasta el punto de que la colonia inglesa le adoraba, literalmente), lo cual no le impide estar en comunicación directa con los *assuras*. Ello era en la India un hecho que nadie ponía en duda y que, por lo demás, contribuía a su reputación.

»¡A mí me daba risa!

»Personalmente le trataba de charlatán... Y es que entonces yo no creía en vampiros... ¡Desgraciada de mí!... Luego he tenido ocasión de enterarme y quiero enterar a los que todavía dudan...

»Creo que se acerca la demostración.

»Tengo, créame, tanta lucidez como un Sherlock Holmes... Y se necesita para una investigación semejante...

»¡Quiero saber cómo muere a distancia!»

Undécima carta.—«Ayer casi llegué a la demostración..., a la demostración de que no estoy loca...»

Duodécima y última carta.—«Tengo ya la demostración... *Se la mando...* ¡Y vengan, vengan, porque va a matarme si no me muero pronto!»

Junto con esta carta, que llegó por correo, recibió Cristina un paquete certificado, cuyos lacres hizo saltar con una angustia y una inquietud que no intentaba reprimir...

XIX

LA DEMOSTRACIÓN

La señora Langlois, la asistenta a quien los Norbert, *por política*, habían vuelto a tomar a su servicio, contó y hasta *declaró* después lo siguiente:

—Alrededor de las diez de la mañana, el cartero de certificados trajo la cajita para la señorita Cristina, que firmó el correspondiente recibo...

»La señorita Cristina estaba sola en la tienda. Por cierto que hacía dos días solamente venía a ella. Permanecía allí para entenderse con los clientes que por casualidad se presentaban, pues eran muy escasos...

»Parecía muy agitada y atormentada, aunque conmigo quisiera disimular; pero a mí no se me engaña tan fácilmente.

»Sus ínfulas habían desaparecido. Yo comprendía que «algo no marchaba bien». Y no era difícil adivinar que se trataba de *su primo Gabriel*. Porque entonces en aquella casa todos eran parientes: el primo Jaime..., el primo Gabriel...

»Y ya no me ocultaban que el primo Gabriel vivía en la casa, que estaba muy enfermo, que se había tenido que hacerle una operación muy urgente, y que todavía se ignoraba cómo acabaría todo aquello, a pesar de la ciencia y de la práctica

del otro primo, que pasaba junto a él los días y las noches.

»Es más: acerca del primo Gabriel me dieron muchos detalles: que era hijo de una hermana mayor del viejo Norbert, que había sido desahuciado por todos los médicos, que se intentaba lo imposible para salvarle...

»A mí, en el fondo, me importaba un bledo que el primo Gabriel estuviera o no en la casa, porque no me aumentaba el trabajo, detalle importante para mí... El enfermo estaba encerrado en la planta baja del edificio del fondo del jardín, en el cual yo no penetraba nunca... Apenas si de vez en cuando le abrían las persianas para ventilarlo un poco... Cierta día vi bajo una sábana el cuerpo de un hombre acostado y con una cara que no tenía precisamente la expresión muy alegre... Me miraba fijamente, como si yo le debiera algo... Me pareció que no tenía cuerda para mucho tiempo...

»¡No cabía duda de que aquel hombre estaba enfermo!... Pero ¿cómo había llegado a semejante situación?... Yo le vi buen mozo y sano cuando no me hablaban de él, cuando lo ocultaban a todo el mundo.

»Desde luego me figuré que se trataba de algún drama... Pero cada uno tiene sus miserias y el pobre necesita vivir... Así es que me dije: ¡Chitón, que pueden echarte a la calle!... Y continué trabajando como si nada sucediera.

»Cuando Cristina me contaba algo, la escuchaba sin darle importancia, lo cual no me impedía pensar que ella no tenía la conciencia tranquila.

»Pero volvamos a la cajita... Decía que la señorita estaba sola en la tienda cuando la abrió... Yo, desde el comedor, por la puerta entreabierta, veía lo que pasaba en la tienda; pero no el inte-

rior de la cajita... Cristina, en cambio, tenía los ojos fijos allí dentro.

»¿Qué miraba?... Se acercó a la ventana y extrajo un objeto completamente envuelto en una de plata y que tenía casi la forma de una pistola.

»Cristina parecía no comprender nada. Volvió a dejar el objeto en la caja y, tras un momento de vacilación, abrió la puerta del jardín y se dirigió hacia el edificio del fondo, de donde casi nunca salían el viejo Norbert y Cotentin.

»Llamó en la puerta del laboratorio.

»Y apareció el viejo Norbert.

»Tenía los cabellos revueltos, como yo no se los había visto nunca, y los ojos saltones.

»—¿Qué quieres?—masculló—. Ya sabes que sobras aquí. Eres demasiado nerviosa. Déjanos tranquilos.

»Parecía muy furioso.

»—Oye, papá—le dijo Cristina—. He recibido otra carta de esa desgraciada.

»—Déjanos estar de locas.

»Pero Cristina insistió:

»—También he recibido un objeto certificado que me gustaría enseñar a Jaime.

»—¿Pero crees que voy a interrumpir a Jaime?

»—Dile que me ha enviado la demostración...

»Pero el padre, impaciente, se encogió de hombros y le dió con la puerta en las narices.

»Yo no comprendía nada de cuanto pasaba, pero deducía que no eran cosas de broma.

»La señorita, siempre mirando la caja, se dejó caer en una silla del jardín.

»Antes de cinco minutos se le unió su primo Jaime.

»—¿Qué te pasa, Cristina?—le preguntó inmediatamente.

»—Mira lo que acaba de enviarme—le contestó entregándole la caja.

»La miraron de espaldas a mí, de manera que yo no veía nada... Probablemente, él cogió el objeto... Y contemplándolo repetía:

»—¡Es curioso, muy curioso!

»—Pero ¿qué es?—preguntó Cristina.

»—Es un *trócar*...

»Tengo la seguridad de que dijo *trócar*, y hasta que añadió:

»—Sí, es una especie de *trócar*.

»—Pero ¿qué es un *trócar*?

»El otro no contestó de momento. Examinó el objeto, pareció reflexionar y de pronto exclamó:

»—¡Oh, qué desgraciada, qué desdichada!...

¡No está loca, no!... ¡Tenía razón!...

»Y aun agregó:

»—¡Qué bandido!

»Cristina se levantó muy pálida y dijo:

»—¡Explicate, por favor!... ¿Qué es un *trócar*?

»—Un *trócar*—explicó el otro—es una aguja hueca, y la pistola de *trócar* es un instrumento de cirugía que se parece efectivamente a una pistola, pues hace sus funciones, y que nos sirve para enviar a través de las carnes del abdomen una aguja hueca cuando queremos saber...

»—¡Oh, comprendo, comprendo! — exclamó Cristina.

»—Perfectamente — prosiguió su primo—. Este instrumento se basa en el mismo principio... Dispara esta aguja hueca, previamente llena de líquido nocivo...

»Sí, dijo nocivo; todavía lo recuerdo...

»—Comprendo, comprendo—repetía Cristina, que parecía aterrada.

»Y el otro continuaba explicando:

»—Envía la aguja a distancia, a gran distancia...

¿Ves este resorte?... Este otro resorte que acompaña a la aguja hueca y que se suelta en cuanto tropieza y suelta su veneno...

»—Comprendo, comprendo.

»—Este último resorte devuelve la aguja al arma que la ha proyectado.

»—¡Sí, sí!

»—¿Ves cómo la aguja está sujeta por este hilo de metal?... ¿Te haces cargo?

»¡Claro!... No era difícil... Yo misma, sin haber visto el instrumento, comprendía cómo era... Y es que Jaime, la verdad sea dicha, se explica muy bien... Cristina, agarrándose la pálida cabeza entre las manos, exclamaba:

»—¡Hay que salvarla, hay que salvarla!

»—Desde luego—dijo Cotentin con calma—. Pero yo no me puedo ausentar ahora... Ni puedo dejar a Gabriel, aunque todo marcha bien, ni puedo dejar el trabajo mientras está tan caliente.

»—Entonces...

»—Es cuestión de cinco o seis días.

»—Pero ¡no tenemos derecho a esperar seis días!

»—Lo mismo creo. Así es que, sin perder un minuto, ve a buscar a Benito Masson a su casa de campo y tráelo aquí. Hablaremos y decidiremos.

»Seguidamente se levantó, devolviendo la caja.

»Yo me marché, pues mi trabajo había terminado... Había oído muchas cosas, aunque sin entenderlas... Sólo empecé a entender algo cuando conocí lo que le ocurrió a la séptima...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LÉON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1825 MONTERREY, MEXICO

XX

LO QUE LE OCURRIÓ A LA SÉPTIMA

Cristina no pudo tomar el tren para Corbillères hasta las dos de la tarde. Por cierto que era un tren bastante malo. Había confundido el rápido con el expreso. Y el rápido «no hacía caso» de Corbillères. No pudo bajar hasta Laroche para esperar un tren mixto que se dirigía a París.

Cuando bajó en Corbillères eran las siete de la tarde. Contaba permanecer allí tres horas y llevarse a Benito Masson en el rápido de las diez. A las once estaría en París. Y aquella misma noche decidirían con Jaime el camino a seguir. A la mañana siguiente, ella, ya que Jaime no podía de momento dejar a Gabriel, se marcharía con Benito Masson hacia Coulteray.

Estaba dispuesta a salvar a la desdichada que tantas veces se había dirigido a ella sin hacerse oír. Se acusaba de ceguera. No comprendía cómo había podido sufrir durante tanto tiempo la influencia nefasta del marqués, hasta el extremo de que había estado a punto de ser su víctima. Porque —¡todo hay que decirlo!—también ella había sido «apuntada» y hasta tocada... ¡También ella había sido *mordida* desde lejos por el monstruo!... No había soñado, no, cuando le vió inclinado sobre

ella y, con sus labios glotonos, chupándole la sangre por el pinchazo del rosal... ¡Fué un beso tan asqueroso, que ella, cuando despertó, no quiso creer en que era efectivo!... Fué un crimen de otros tiempos que ella había querido relegar al reino de la pesadilla...

Bien; pero había *cloruro de cal*, que detiene la sangre, y *citrate de sosa*, que la hace correr, y había *trócares* que muerden a distancia, que envenenan a distancia, que aniquilan a distancia... ¡No en balde pasa el tiempo! Y la ciencia substituye al vampirismo. Aquel vampirismo ya no es más que un sueño...

No era ya aquella cosa fúnebre, fantasmal y legendaria que los espíritus modernos trataban con desdén incrédulo. Era la más antigua y la más monstruosa de las pasiones—la de la sangre humana—, servida por la química y la mecánica...

Y recordaba la frase de Jaime Cotentin, quien se expresaba siempre con una circunspección y una prudencia que la habían hecho sonreír más de una vez: «La mentira reside menos en las cosas que nos cuentan y que no comprendemos que en nuestros conocimientos. Las tinieblas nos envuelven tan implacablemente, que aun a tientas tropezamos a cada paso...»

¡Corbillères-les-Eaux!... Cuando salió de la pequeña estación y se encontró en la plaza desierta, entre los cuatro plátanos desde donde se descubría toda la llanura pantanosa, por la que corrían nubarrones negros empujados por el viento oeste, últimos harapos de la tempestad que durante toda la tarde había mezclado las aguas del cielo a las aguas de la tierra, Cristina comprendió, o creyó comprender, la razón de que Benito Masson, cada vez que le hablaba de Corbillères-les-Eaux, le dijera: «¡No venga, no venga!»

Nunca había visto nada tan triste...

¡Y allí vivía él!

En aquella mortal soledad había ido a refugiarse tras la escena brutal y casi trágica que los había separado.

No le guardaba rencor...

No tenía inconveniente en reconocer, por el contrario, que toda la culpa era de ella. ¿Por qué aquella noche fatal se había mostrado tan cariñosa con Benito? Y no es que tuviese que reprocharse ninguna coquetería. Se había dejado resbalar con naturalidad a confidencias que no hubiera hecho a nadie, porque sentía una atracción casi irresistible por aquel hombre, por su carácter tan particularmente salvaje, por su talento tan ardiente, que ella no vacilaba en calificar de genio, por toda su persona moral...

Ahora bien: no había podido evitar un movimiento de asco ante la proximidad de su físico.

¡No había tenido fuerzas para soportar aquel beso del hombre feo!

Y debiera haber previsto aquello para no poner, con su actitud imprudente, a Benito Masson en el caso de pedírselo con cierto derecho...

Quería olvidar la escena consiguiente de rabia y de imprecaciones... ¡Había sido insultada y hasta golpeada, arrojada lejos como un objeto odiado que se quiere reducir a añicos!... En cuanto a él, había ido a refugiarse allí...

Pero, concretamente, ¿dónde?

¿Quién la llevaría hasta allí?

Era de noche. Y, francamente, en aquella ocasión no se sentía muy animosa ante la obscuridad.

Aquella tierra la impresionaba y le ponía en los hombros como un sudario húmedo y helado.

Pensó volver a París en el primer tren. Ya re-

tornaría a aquella tierra al día siguiente, a plena luz, con Jaime...

Pero he aquí que la triste, angustiosa y desesperada cara de la marquesa se le apareció en la agonía del día y le mostró su propia agonía, desde el fondo del castillo de Coulteray. ¿Iba a llamarla en vano, una vez más, la pobre mujer? ¿Llegaría Cristina demasiado tarde? Y recordó la última frase de la postrera carta, según la cual debían acudir pronto, *porque su marido la mataría si no moría bastante pronto.*

Un muchacho que salía de la única posada del lugar examinaba sorprendido a la bella dama que no sabía adónde dirigirse. Y Cristina le preguntó:

—¿Sabes dónde vive Benito Masson?

—¿El *Piel Roja*?—repuso—. ¡Claro está que lo sé!... Yo le llevaba las provisiones hasta hace ocho días, *hasta que vino Anie*...

—¿Quién es Anie?

—La última... El dice que es sobrina... Y ella le hace la compra... Hace dos días que no la ha visto nadie... Habrá huído como las demás...

—¿Quieres llevarme a casa de Benito Masson?

Y le mostró una moneda bastante apetecible. El muchacho cogió la propina y dijo sencillamente:

—Sígame. Soy Felipe...

Antes de seguir adelante conviene, para mejor entender la continuación, echar una ojeada sobre lo que ocurrió o lo que pudo ocurrir en Corbillères tras la escena de «El Arbol Verde» entre Violette y Benito Masson... Recordemos que éste había amenazado con hacer al guardabosque responsable de la desaparición de la sobrina *si ésta se escapaba como las demás*... La señora Muche, en vista de ello, había aconsejado prudencia a Violette, que, sin embargo, no era hombre para dejarse intimidar.

Así es que no cambió su táctica de rondar en torno al pabellón del encuadernador y de acechar a Anie cuando salía a hacer compras.

Entonces se aventuraba a asomar su cabeza entre los juncos; pero ella seguía su camino apresurando el paso, evitando toda conversación, obedeciendo seguramente a la consigna que Benito Masson le imponía... Sin embargo, al cabo de dos días, cuando Violette estaba delante de su choza limpiando sus artefactos, vió aparecer a la muchacha, que denotaba mucho pasmo...

—¿No ha visto usted por casualidad las llaves?—preguntó.

—¿Las llaves de quién?—preguntó el otro frunciendo el ceño.

—Las llaves de él... Las ha perdido y las está buscando... Da miedo verle. Nunca le he visto igual... Y es que nunca se conoce a la gente. Por un simple llavero parecía que me fuese a comer... Pero yo no he visto sus llaves, no las he visto... Ahora las está buscando fuera de casa... Le he dejado huroneando en la saucedá, con la nariz a ras del suelo...

A Violette le interesaba lo que decía Anie. Encendió la pipa, soltó la carcajada y dijo:

—Para lo que se puede robar en su casa, poco importaría que tuviera las puertas abiertas... ¿Para qué van a servir sus llaves?... A lo mejor se figura que tiene un tesoro.

—Le advierto que lo cierra todo, y que yo no tengo derecho a bajar a la bodega... Tiene manías incomprensibles... Y, sin embargo, no es mala persona.

—¿No me decías hace un momento que ha estado a punto de comerte?

—Es de veras... Cuando no le salen las cosas como quiere, se pone furioso...

—¿Y cómo quiere que le salgan las cosas? ¿Por qué no me lo dices, ya que pareces estar enterada?

Pero Anie no comprendió, o hizo como que no comprendía las insinuaciones de su interlocutor... Hay muchachas con las que no sabe uno a qué carta quedarse...

El caso es que contestó:

—De momento, lo que quiere que le salga bien es el asunto de las llaves.

Entonces se oyó a lo lejos la voz de Benito, que gritaba:

—¡Anie! ¡Anie!

—Me voy corriendo. Si supiera que he hablado con usted me diría cosas muy gruesas.

Al día siguiente, Violette tuvo ocasión de volver a hablar con Anie, o mejor dicho, fué ella la que le dirigió la palabra, exclamando:

—¡Ya ha encontrado las llaves!

—¿Dónde estaban?

—No lo sé. No me lo ha dicho... Solamente me ha dicho que las había encontrado. Y me miraba de un modo que jamás lo olvidaré... ¿Qué le habré hecho?... No se porta conmigo como se portaba los primeros días.

—Es lo de siempre—dijo sarcástico Violette—. Cantarito nuevo hace el agua fresca.

—Diga usted, ¿cómo se marcharon las otras?

—¡Oh, no se sabe, pequeña!

—¿Acaso no las vieron pasar cuando se marchaban?... Yo he venido con un baúl. Supongo que las otras también... Así es que si quisiera irme tendría que utilizar un carrito.

—¿Quieres irte, Anie?

—Sí... Pero no me atrevo a decírselo... Tengo miedo... Sabe que he vuelto a hablar con usted... Me ha armado un escándalo... ¡Cuidado! Ya sale de casa.

La muchacha, como una culebra, se ocultó detrás de un seto.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, estaba Violette a la entrada del pueblo, tras un viejo paredón, esperando a la pequeña. Sabía que tenía que ir de compras. Al pasar la chica asomó la cara barbuda. Anie se le reunió presurosa:

—¡Cuánto me alegro de encontrarle!... ¡No quiero estar más allí!

—Pues vete en seguida.

—Es que no quiero irme sin mi baúl.

—Yo iré a buscarlo.

—No haga eso, porque ocurriría una desgracia... ¡Qué indignado está con usted!... Lo que puede usted hacer es enviarme a Bicot, el muchacho del mesón, con un carrito, alrededor de las tres de la tarde. El *Piel Roja*, como le llaman en Corbillères, sale todos los días después de comer para pasear y dormir la siesta no sé dónde... Y no vuelve hasta las cuatro... Así es que Bicot llevará el baúl y yo le seguiré... Pero usted no aparezca, porque tal vez lo lamentáramos. No es usted el más indicado para arreglar la cuestión...

La noche de aquel día, Violette, en «El Arbol Verde», contaba a la señora Muche la última conversación que había tenido con Anie:

—Cumpliendo lo que la chica quería, he avisado a Bicot. Yo, por mi parte, estaba a las tres oculto ya en la sauceda. Bicot ha llegado con su carrito y ha silbado. Entonces se ha abierto la ventana de la habitación; pero ha sido el tal Benito quien ha asomado la jeta.

»—¿Qué quieres?—ha preguntado ásperamente a Bicot.

»—Vengo a buscar el baúl de Anie—ha contestado el chico, que no estaba en el ajo.

»—Anie ha cambiado de parecer y se queda —ha replicado Benito cerrando la ventana.

»Y Bicot ha vuelto al pueblo con su carrito.

»Yo he sentido tentaciones de aparecer; pero he pensado que me exponía a estropearlo todo, que era preferible hablar antes con la interesada. Pero la muchacha no ha salido. Ni Benito tampoco. ¿Qué opina usted, señora Muche?

—Te repito lo que te dije el otro día: ¡He visto la cara de ese hombre una vez y la recordaré toda la vida! ¿Te acuerdas de cuando llegó al patio con un garrote y se puso como un salvaje, como un verdadero piel roja?... Así es que te deseo que esa chica no desaparezca como las demás...

—¡Pero si es él quien las hace desaparecer!...

—Razón de más...

—¡Hasta mañana, señora Muche! Ya vendré a contarle lo que ocurra. Procuraré ver a la pequeña cuando vaya a hacer la compra a Corbillères.

Pero la señora Muche no volvió a ver a Violette al día siguiente ni en los días siguientes. ¡Ni le vería jamás!

Y, como dijo el muchacho que guiaba a Cristina por los inseguros senderos de Corbillères cuando la señorita Norbert llegó al pueblo, hacía dos días que nadie veía a Anie.

Y ahora continuemos nuestro camino hacia la casa de Benito Masson, que al caer de la tarde mezclaba su triste sombra a los fúnebres reflejos del estanque de las aguas de plomo.

El viento soplaba cada vez más fuerte, húmedo y helado, alborotando a los sauces pálidos y retorcidos, trémulos fantasmas sobre los juncos encorvados que dejaban oír su quejumbre cantante, ululante, tan pronto silbante, cual si hubiera pasado por mil y mil sopletes, como dulce cual el último aliento de la tierra y de las aguas, sin per-

juicio de que después descencadenara de nuevo su furor.

Hacia un cuarto de hora que caminaban. El joven Felipe se desenvolvía en el fango como en su elemento. Cristina procuraba evitar los charcos, llevaba las faldas chasqueantes como una bandera, y sujetaba con ambas manos su velo de viaje, luchando con el viento, que parecía haberse propuesto arrancárselo. De pronto, y por fin, se detuvieron.

Sobre la triste mansión de Benito acababa de elevarse un remolino de fuego. Llamas y humareda escapaban con un estertor siniestro. Y aquella combustión, animada por el viento que soplaba bruscamente de uno y otro lado, parecía a punto de tragarse toda la casa.

—Se le habrá encendido el hollín de la chimenea y no se habrá dado cuenta—exclamó el muchacho.

Entonces echaron a correr y pronto se encontraron en un puentecillo de madera que levantaba su comba entre juncos, y al que se agarraron un instante para que no se les llevara la borrasca.

El estanque tenía olas hinchadas por las corrientes que atravesaban los pantanos de alrededor, y que hervían allí como en una cubeta... Y sobre las negras aguas de la cubeta hubo de pronto como una ráfaga de sangre, reflejo de la llama que rugía en lo alto... Y aquel reflejo permitió ver un cadáver...

Desde el fondo de la obscuridad, llevado por las aguas tumultuosas, llegó hasta delante de Cristina y del niño que la acompañaba, como si aun pudieran hacer algo por él... Y ambos, mudos de horror, vieron cómo se deslizaba por debajo del puente, con los brazos tendidos, la faz descompuesta y la boca abierta en la más horrible mue-

ca, como si de ella saliera un postrer llamamiento.

—¡Es Violette!—pudo, al cabo de unos momentos, exclamar el muchacho.

Y echó a correr en dirección contraria a la llevada hasta entonces, dejando allí a Cristina y volviendo a Corbillères con toda la agilidad de sus piernas, multiplicada aún por el terror... En cuanto a la señorita Norbert, al verse abandonada, no vaciló en correr como a un refugio a la casa de Benito Masson, donde además tenía que advertirle del iniciado fuego, que, por cierto, no cesaba, sino todo lo contrario...

Por fortuna, el viento, al cambiarse en sudoeste, llevaba el penacho incendiario lejos del techo, hacia la pequeña saucedá cuyos árboles acurrucados surgían a veces de la trágica obscuridad con los brazos retorcidos, torturados y suplicantes.

Fácil es darse cuenta del estado de espíritu en que Cristina llegó a la puerta del pabellón. El siniestro aspecto de la tierra que acababa de atravesar, la visión del cadáver que las aguas alborotadas habían pasado bajo sus pies como diabólica ofrenda de aquellos lugares siniestros, las llamas que escapaban del techo, el niño que huía aullando de terror, todo contribuía a que se apoyara espantada en el quicio donde no tenía más esperanza que Benito Masson.

Su mano apenas tuvo fuerza para llamar; pero de sus labios salió un agudo grito:

—¡Masson!

Y tras la puerta respondió otro grito terrible.

¿Un grito? Mejor era un aullido, una monstruosa blasfemia, un clamor horrible, una imprecación delirante que hirió a Cristina en el corazón.

Y la puerta no se abría...

Junto a la puerta agonizaba de horror Cristina, más asustada por aquel grito que por cuánto ha-

bía visto y oído desde que pusiera los pies en aquella tierra maldita...

Su boca gemía:

—¡Masson!... ¡Masson!...

Pero era como si pidiese compasión al verdugo...

No obstante, la puerta se abrió. Y tuvo la visión fulgurante de un monstruo que se llevaba a una joven al fondo de su infierno.

Luego la puerta volvió a cerrarse, mientras en lo alto el penacho fogoso se erguía con un furor nuevo, arremolinante y devorador, sembrando en los arrodillados árboles de la saucedá sus cenizas y sus fúnebres escorias, envolviéndolos con un olor de muerte...

Mientras tanto, Felipe había llegado al pueblo y había propagado la alarma. Felipe, que era hijo del guarnicionero, no corrió inmediatamente a casa de su padre.

Instintivamente marchó al mesón, donde tenía la seguridad de que a aquella hora, por ser la del aperitivo, encontraría a todos cuantos podían considerarse como fuerza defensiva del país: al guarda rural, al pregonero, a dos o tres muchachos que cazaban furtivamente lo que podían y que siempre tenían la pólvora seca; todos los cuales se entendían a las mil maravillas y aceptaban desde hacía tiempo la tutela dominadora de Violette, buen cacique del territorio que el Señor le había deparado por cuanto dejaba medios de vida para los demás con tal de que no le regateasen la admiración ni la autoridad. Además, todos se hallaban unidos en el mismo odio al intruso, al salvaje, al *Piel Roja*, que parecía no haber ido allí más que a molestarlos, a estorbarles en sus costumbres y a despreciarles, puesto que no gustaba de la caza ni de la pesca de que ellos vivían.

Cuando el muchacho, en lenguaje entrecortado por el espanto, les comunicó que había visto el cadáver de Violette bajo el puentecillo y cerca del estanque, se levantaron todos exclamando:

—¡Es el *Piel Roja*!

No era la primera vez... Ya hacía tiempo que en el país se le consideraba como un asesino. Por otra parte, desde «El Arbol Verde» a Corbillères nadie ignoraba la animosidad que existía entre ambos hombres. Ello aparte de que en los últimos tiempos no había sido Violette el único en preguntarse el paradero de la pequeña Anie...

Cinco minutos después, había unos veinte habitantes del pueblo a punto de emprender una campaña contra el *Piel Roja*. Iban armados de fusiles, de palos, de bastones...

El pregonero fué en busca de su tambor, y costó Dios y ayuda convencerle de que no redoblara. De todos modos, se puso delante de la expedición, con un palillo en cada mano y dispuesto a sonar una carga heroica en el caso de que el pequeño ejército desfalleciera en el momento del asalto.

Felipe correteaba a su lado...

Luego de recomendarse silencio, llegaron en fila india, a causa de la estrechez del sendero, al puentecillo donde Violette les esperaba, con la cara medio consumida por la muerte, por la humedad y por los peces y con la boca abierta como gritando verganza.

Una sorda exclamación corrió a lo largo de la fila india.

Dos de los expedicionarios se metieron en el agua, iluminada solamente por el siniestro fanal que ardía más fuerte que nunca en lo alto de la mansión del intruso. Y sacaron el cadáver a tierra.

—Lo menos hace veinticuatro horas que bebe sin tener sed.

Hubo un corto conciliábulo. Les daba miedo el violento fuego que salía rugiendo de la casa mal-dita.

—¿Querrá quemarse?... ¿Querrá quemar su guarida antes de marcharse?...

Por fin decidieron rodear la casa y entrar simultáneamente en ella a una señal convenida.

—Yo daré la señal—bisbiseó el pregonero.

Y de repente oyéronse redoble de tambores y gritos salvajes.

La puerta fué hundida sin resistencia.

Los primeros se detuvieron en el umbral como horripilados.

Sin preocuparse de ellos, Benito Masson, arrojado, rociaba con agua el rostro marmóreo de Cristina desmayada. Cerca, en un cesto, había un montón informe de despojos humanos, esperando turno para unirse en el hornillo, del que escapaba un espantoso olor de grasa quemada, a los demás restos de Anie, que se consumían en una llama animada por el petróleo.

Benito Masson cuidaba tranquilamente a una de las mujeres mientras quemaba a la otra...